

En cuanto a Judas lo que menos sentía era lo que decía: dice así San Juan:

«Esto dijo, no porque de los pobres se le diese a él nada, sino que era ladrón y como tenía la bolsa, defraudaba de lo que echaban».

Su mal ejemplo indujo a otros a murmurar como él, aunque sin su perversa intención.

«Viendo los discípulos aquello se indignaron diciendo: ¿a qué este derroche? Porque hubiera podido venderse este unguento en más de trescientos denarios, y darse a los pobres y se enfadaban con ella.

»Viendo esto Jesús, les dijo:

»Dejadla en paz, que para el día de mi entierro lo ha guardado. Ha hecho una buena obra conmigo. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien. Pero a mí no me tenéis siempre. Esta ha hecho lo que ha podido, pues derramando ese unguento se ha adelantado a ungir mi cuerpo para el día de la sepultura, me ha preparado para mi entierro. De verdad os digo que donde quiera que se predique este evangelio por todo el mundo, se referirá también lo que ésta ha hecho, para recuerdo de ella».

¡Dichosa mujer que tan hermosa defensa mereció segunda vez de su Salvador! En efecto, donde quiera que hoy se predica el Evangelio de la venida y redención de Cristo, se predica también lo que hizo María Magdalena poco antes de la muerte de su Maestro. No pensó ella, cuando lo hizo, en la muerte de Jesucristo, pero Jesucristo, que sabía que dentro de poco iba a morir y que, María quería, mas no podría prestarle entonces este obsequio, delicadamente lo recibió como si lo hiciera ya el día de su muerte y en su entierro.

Apenas venido el Señor a Betania, enteróse mucha gente de los judíos que estaban allí, y vinieron, no por Jesús solamente, sino además por ver a Lázaro, a quien resucitó de entre los muertos. Sería, cuando vinieron el sábado a la puesta del sol; pues antes no podían por ser el camino de Jerusalén a Betania triple de lo que se permitía los sábados.

«En cambio los príncipes de los sacerdotes decidieron

quitar la vida también a Lázaro. Porque muchos de los judíos por causa de él se apartaban y creían en Jesús».

¡Oh refinada maldad y cada vez más ciega obstinación! Los mismos argumentos que debieran servirlos para convertirse al Mesías, para creer en Jesucristo, para dejar su ceguera, esos los empujan más y más a la maldad. ¡Qué mala es la luz para quien tiene irritados los ojos!

Mas ya se precipita el fin. Estamos en el último sábado antes de la pascua. Vamos a entrar en la gran semana de la Redención. Al otro día de este convite, entró Jesús triunfante en Jerusalén, saliendo así al encuentro de los que habían dado decreto de decir dónde estaba. Bien manifiesto iban a tenerle ante sus ojos.

LA SEMANA SANTA

DOMINGO DE RAMOS

217. ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS EN JERUSALÉN

(J. 12, 12-19; L. 19, 29-40; Mc. 11, 1-11; Mt. 21, 1-9)

Moraba Jesús en Betania, había celebrado el famoso convite en casa de Simón el Leproso; estaba pedido para la prisión y para la muerte por decreto del Sanedrín, aunque no del todo público, según parece; era con ansiosa curiosidad esperado por el pueblo innumerable, que se iba congregando para la Pascua más famosa y verdadera que se había de celebrar. Llegaba la hora de los más sublimes acontecimientos que ha visto el orbe. Los que buscaban a Jesús iban a verle muy pronto.

Refieren así los evangelistas el comienzo de la santa semana:

«Al día siguiente del convite de Simón el Leproso, habiéndose acercado a Betfage, al pie del monte Olivete, Jesús envió dos discípulos y les dijo: Id a la aldea que está en frente de vosotros, y en cuanto entréis en ella hallaréis una asna atada y con ella un pollino atado, sobre el cual aún no ha montado hombre ninguno. Soltadlos y traédme los. Y si alguno os pregunta: ¿qué estáis haciendo? ¿por qué lo soltáis? le diréis: Es que el Señor los necesita».

Era el día diez del mes de Nisan, el día siguiente al sábado y primero de la semana en que venía la Pascua, día en el cual solían elegirse en la ciudad los corderos para la Pascua.

«Fueron, pues, los discípulos y lo hicieron como les mandó Jesús. Hallaron un pollino atado a la puerta fuera, en la encrucijada, y se ponense a soltarlo. Y mientras lo soltaban, unos que allí estaban, dueños del pollino, les dijeron: ¿Qué estais haciendo, soltando el pollino?

»Ellos, como les había mandado Jesús, les dijeron: Es que el Señor los necesita. Y les dejaron».

»Entonces trajeron el asna y el pollino a Jesús, y echando sus vestidos sobre el pollino, le sentaron a él encima.

»Todo esto se hizo para que se cumpliese lo que estaba dicho por el Profeta: Decid a la hija de Sión: No temas, hija de Sión; mira a tu rey que viene a ti manso y montado en una asna y un pollino hijo de la que se unce al yugo.

»Esto no lo entendieron por de pronto sus discípulos; pero cuando fué glorificado Jesús, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas de él, y que ellos se las hicieron.

»Según, pues, iba él caminando, muchísima gente extendía sus mantos en el camino, otros cortaban ramos de los árboles y los esparcían por el camino. Y cuando se acercaba ya al pie del monte Olivete, empezaron todas las turbas de sus discípulos, llenas de alegría, a alabar a Dios a grandes voces por todos los prodigios que habían visto, diciendo: Bendito el que viene Rey en nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas.

»Y las turbas que iban delante y las que venían detrás, clamaban diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! bendito el que viene en nombre del Señor!... Bendito el reino que viene de nuestro padre David! Hosanna en las alturas!

»Y toda la turba que había venido a la fiesta de la Pascua, oyendo que venía Jesús a Jerusalén, tomaron ramos de palmas, y saliéronle al encuentro, y clamaban: ¡Hosanna! bendito el que viene en nombre del Señor, rey de Israel!

»Y la multitud que había estado con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos, daba testimonio de ello. Y por eso vino a su encuentro la

muchedumbre, porque habían oído que había hecho este milagro».

Espléndido sobre cuanto puede decirse debió de ser este triunfo! Al principio los discípulos solos, llevados sin duda de un instinto sobrenatural, comprendiendo que el Maestro quería hacer alguna cosa especial, se atrevieron a prepararle aquella cabalgadura, que, cierto, no era ningún corcel de triunfo, pero, por eso mismo, les parecería más propia para Jesús que nunca había cabalgado, conociendo como conocían su humildad. Sobre el pollino, en que ningún hombre hasta entonces se había sentado, pusieron, sin acordarse de las profecías de Zacarías, sus vestidos, y ellos mismos le alzaron para ponerle a caballo. Nunca tal había hecho su Maestro. Y así caminaban alegres, mas sin ruido al principio y como en familia.

Luego, advirtiendo la gente a quienes encontraban que el gran Maestro venía a caballo, llevados de la natural reverencia y popular amor que le tenían, saliéronle al paso, y, cuando llegaba, unos le tendieron sus manos, otros le alfombraron el suelo de ramos de árboles que cortaban y pasado le rodearon y siguieron. La manifestación empezaba a tomar importancia.

Cuando se acercaron ya en número bastante al pie del monte Olivete, encontraron allí a muchos forasteros que habiendo venido a la Pascua acampaban en el monte, y extramuros, en tiendas de campaña que para aquellos días solían levantar. Todos ellos, al notar el murmullo de la procesión que avanzaba, salieron a ver lo que era: entonces, espontáneamente de las turbas de los discípulos del Nazareno, que venían cada vez más alentados, brotó un grito solemne, venerando y santo que en adelante se había de cantar siempre en honor de Jesús: «¡Bendito el que viene rey en nombre del Señor! paz en los cielos! gloria en las alturas! ¡hosanna en los cielos!» es decir: sálvale desde los cielos! al rey y a nosotros por él!

Dada la voz por los discípulos, toda la turba que le seguía y le precedía repitió con un corazón el mismo himno de aclamaciones. Y sin poderlo remediar, al oírlo, uniéronse a ellos todos los que en aquellos alrededores y en la entrada de la santa ciudad estaban reunidos para la fiesta.

Con lo que al entrar Jesús en la ciudad, la procesión era un río desbordado, un estruendo arrebatador, un triunfo sin precedente, magnífico, lleno de santo entusiasmo y de sagradas aclamaciones. Para confirmarlas y explicarlas, todos los que habían presenciado la resurrección de Lázaro contábensela a los forasteros, explicando cuán merecedor era el Maestro de aquel triunfo. Y crecía el entusiasmo, y llenaban las voces el espacio, y llegaron a las puertas de Jerusalén, y resonaba ya la ciudad con el clamor de los que venían.

Anonadados quedaron los fariseos al ver estupefactos meterse por la Ciudad Santa aquel magnífico triunfo precisamente cuando ellos habían excomulgado a los que se hiciesen discípulos de Jesús, y tenían dado decreto de que quien supiese dónde estaba lo dijese. ¡Allí estaba! no era preciso que lo delatase nadie. Allí estaba, a sus ojos, rodeado de un pueblo numerosísimo de muchos miles y miles, que le decían lo que ellos habían prohibido y no querían decirle: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Que se atreviesen a cogerlo!

Por eso, indignados y confusos, no sabían lo que hacer.

Dice así el Evangelio:

«Los fariseos, pues, se dijeron unos a otros: ¿Veis que nada adelantamos? he aquí que todo el mundo se va tras él!»

Y mientras estos, mirándolo todo desde un lado, tenían estas conferencias, otros más impacientes, que estaban, curiosos o espías, entre la turba, indignados se acercaron al Maestro y le dijeron:

«—Maestro, reprende a tus Discípulos!

Era verdaderamente impudente su audacia. Por eso fué también enérgica la respuesta del Maestro:

«—Yo os aseguro, les dijo, que si éstos callan hablarán las piedras!»

Era aquel día destinado por Dios al triunfo, quería Jesús aquel día ser aclamado como el Mesías; y si no hubiese tenido discípulos y pueblos enteros que le aclamasen, se hubiera hecho aclamar por las piedras.

218. LÁGRIMAS EN MEDIO DEL TRIUNFO

(L. 19, 41-44)

Así con este encuentro quisieron los fariseos empañar ya la gloria del triunfo antes de entrar en Jerusalén. Llegaba, sin embargo, ya a ella la espléndida manifestación; y Jesucristo, sentido por las últimas insolencias de los fariseos, no pudo menos de conmoverse al acercarse a aquella ingrata ciudad, albergue de sus más obstinados enemigos.

«Y cuando se acercó, al ver la ciudad, rompió a llorar sobre ella (lloró con altos gemidos, escribe San Lucas) diciendo: Si también tú conocieras, al menos en este día tuyo, lo que a tu paz conduces! pero ahora se esconde de tus ojos! Porque van a venir sobre ti días en que echarán tus enemigos en torno de ti trincheras, y te cercarán alrededor y te estrecharán de todas partes. Y te arrasarán a ti y a tus hijos dentro de ti. Y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por no haber conocido el tiempo de tu visitación».

Tiempo de la visita de Dios a su pueblo fué toda la vida de Jesucristo, pero principalmente los tres años de su vida pública, y mucho más especialmente este día de la gran manifestación del Mesías.

¿No lo estaban pregonando todos los verdaderos israelitas? ¿no clamaban todos ellos a una voz: ¡Viene el Rey! viene el esperado! viene el que había de venir en nombre de Jehová! Bendito sea él! bendito! Hosanna! paz al hombre! gloria a Dios!»

Pero Israel estaba tan lejos de la luz, que ni en este día, expresamente escogido por Dios para la gran revelación y presentación del Cristo, le conoció!... Ya aquel pueblo estaba perdido! ya su ruina estaba decretada! ya quedaba para siempre repudiado!

¡Oh si hubiera conocido su día!...

Siguió, pues, llorando el Mesías, y llorando llegó a las puertas de su ciudad. ¿Se dieron cuenta sus discípulos de que su Maestro lloraba? ¿Entendieron bien las terribles amenazas que profería? No dicen nada los Evangelios.

219. PROSIGUE EL TRIUNFO

(Mt. 21, 10.11; 14-16)

La gente llegaba a las puertas de la ciudad en torrente impetuoso y desbordado. Cuando aquel río de hombres desembocó estrepitoso por las puertas de Jerusalén toda la gente que estaba dentro se conmovió y salió espantada y preguntando:

«—¿Quién es éste?» quién es éste que viene como Rey y es aclamado como enviado de Jehová y triunfa como nadie jamás ha triunfado en esta ciudad?

Por una parte jamás Jesús había consentido que se le hiciesen semejantes demostraciones, nunca le habían visto buscar glorias ni aclamaciones. Por otra, la inmensa muchedumbre que rodeaba al vencedor no permitía acercarse a ver quién era el triunfador. Por eso la gente preguntaba ansiosa y estupefacta: ¿Quién es? ¿qué pasa? a quién aclaman?

Y los pueblos que iban rodeando al Señor y aclamándole, respondían:

«Este es Jesús, el Profeta, el Nazareno de Galilea».

Y lo dirían con énfasis y con vanidad provincial, sobre todo los galileos, de los cuales irían muchísimos en aquella procesión. En cambio la ciudad se mantenía fría, altiva, indiferente, curiosa, y más que nada desdeñosa, hostil y recelosa.

Siguió la comitiva al templo, término natural de todo triunfo religioso y de toda manifestación mesiánica. Y entrados allá, creció el alborozo y el inmenso clamoreo. Pronto se le acercaron sus amigos, que por todas partes le seguían, los ciegos y los cojos que estarían esperando su venida. Jesús allí mismo, en el templo, les dió la salud que le pedían. Con lo cual subió de punto el entusiasmo y el delirio.

Sobresalían, como siempre, los niños, los cuales, amados de Jesús, le amaban también con singular afecto, y entusiastas, como son siempre, y bulliciosos, abriéndose paso por entre la multitud se llegaron al mismo Jesús y allí no cesaban con sus voces angelicales de cantar hosannas y más hosannas al Hijo de David, irritando la furia de los es-

cribas y fariseos, que no pudiéndose contener y viendo los milagros que hacía Jesús, y oyendo a cada nuevo prodigio que se verificaba, alzarse nueva oleada de voces infantiles que resonaba por todo el magnífico templo, se dirigieron lívidos y fieros al Maestro, y le dijeron:

«—¿No oyes lo que éstos están diciendo?»

Peró Jesús les dijo:

«—Sí. Pero ¿no habéis leído nunca aquello: de la boca de los infantes y niños de pecho sacaste perfecta alabanza?...»

Y sin decirles una palabra más, dejándolos, recorrió todo el templo como dueño, y examinó todo cuanto en él había y pasaba, sin decir entonces nada, que sepamos, pero visitando bien aquella casa, cuyo absoluto señor era. Y luego, sea que en la ciudad nadie le invitó, porque en ella no tenía ningún amigo; sea que no juzgase seguro ni conveniente para sus planes y sus horas pernoctar en la ciudad, siendo ya tarde, salió para Betania con los doce.

Tal fué el pasmoso triunfo de Jesucristo. Dueño de los corazones, cuando él quiso, y lo quiso aquel día, se apoderó de ellos y los arrastró en pos de sí a miles y miles como un hombre, y si en vez de corazones hubiera sido necesario arrastrar y hacer hablar a las piedras, de las piedras hubiera hecho aquel día Jesús hijos de Abraham, que hubiesen glorificado y aclamado y llevado en palmas hasta el templo al Dominador del templo, de quien había hablado el Profeta Ageo.

El triunfo parece que fué después del mediodía, y que debió concluir hacia la tarde, según San Marcos lo indica.

LUNES SANTO

220. MALDICIÓN DE LA HIGUERA

(Mc. 11, 14-14; Mt. 21, 18.19)

Todos aquellos días había el Maestro de venir clara y patentemente a la ciudad, de modo que después pudiese decir muy bien, como dijo: Cada día he estado en el tem-

plo enseñando y no me habéis prendido, porque no era vuestra hora, porque yo no quería.

Así, pues, amanecido el lunes, volvió de mañana a la ciudad, donde todos estos días había de trabajar mucho y muy intensamente.

«Y caminando, sintió hambre. Miró y vió desde lejos una higuera puesta a la vera del camino, llena de hojas. Dirigióse a ella, la registró, pero no halló sino hojas solamente; porque, dice San Marcos, no era tiempo de higos».

El Maestro, que, como veremos, todo lo hacía estos días apropiado para explicar la ingratitud y reprobación de su pueblo, aprovechó de esta ocasión, mejor dicho, buscó esta ocasión para explicar simbólicamente su idea a los discípulos, y dirigiéndose a la higuera que sólo le había presentado hojas, le dijo:

«Desde hoy para siempre, nadie coma fruto de ti, nunca jamás nazca en ti nada.

»Y sus discípulos le oían. Y la higuera se secó al punto».

¿Por qué la maldijo si no era tiempo de higos, según advierte San Marcos? No era, en verdad, tiempo de higos en general, pero aquella higuera llena de hojas, frondosa sobre todas las otras, puesta en sitio escogido y abrigado, parecía prometer higos al que a ella se acercase. Bien sabía Jesús que no tenía el árbol fruto; pero él, que obraba en estos casos, en general y de ordinario, como si cayese en la cuenta de las cosas cuando y como caen los demás, al ver la higuera llena de fronda se dirigió a ella, como se hubiera dirigido otro cualquiera que tuviese hambre, esperando que encontraría alguna breva. Por lo demás el hambre del Salvador, aunque también de manjar corporal, mucho más lo era de la conversión de su pueblo, y del fruto espiritual de la higuera de Israel, la cual bien cuidada por Jehová, y por él puesta en sitio escogido, debería ya haber dado algún fruto y muy escogido, pero cubierta de hojas, de ceremonias, de apariencias, estaba aún muy lejos de dar fruto, y ni maduro ni no maduro, no tenía ninguno.

La higuera, ni que tuviese fruto ni que no lo tuviese, no merecía castigo. Lo que Jesús hizo entonces fué ponerles una parábola en acción, y lo que otras veces enseñaba de

palabra enseñarlo esta vez con la misma realidad de la higuera seca.

221. ARROJA DEL TEMPLO A LOS NEGOCIANTES

(L. 19, 45-48; Mc. 11, 15-19; Mt. 21, 12.13)

Pasaron adelante y llegaron a Jerusalén. Y es notable que en la última pascua que estuvo en la Ciudad Santa quiso hacer la misma acción que había hecho en la primera.

Ya vimos cómo el domingo de Ramos inspeccionó todo lo que había en el templo: y entonces nada dijo, ni reprendió, pero en este día venía decidido a corregir los abusos que encontrase. En efecto, entrando en el templo, vió que en él estaban, como la primera vez que vino una multitud de negociantes comprando y vendiendo y cambiando dinero.

Era preciso entonces a muchos, para los sacrificios, sea de expiación, sea de devoción que querían ofrecer, comprar víctimas, novillos, ovejas, vino, palomas, sal, aceite. Además los israelitas tenían que pagar cada año medio siclo para el sostén del templo y del culto divino. Ofrecía esto dificultad a los extranjeros, porque no tenían esa moneda, y no era lícito pagar el tributo, sino con moneda sagrada. Era, pues, necesario que para los sacrificios hubiese quienes vendiesen víctimas y todo lo necesario, y para el tributo hubiese cambistas monederos, *colibistas*, que decían en griego, porque percibían en el cambio el lucro de un colibo, moneda pequeña, por cada siclo.

Todos estos, pues, habían puesto sus tiendas en el atrio de los gentiles, y así lo habían convertido en mercado y casa de negocios. Y es muy creíble que los principales negociantes fuesen los sacerdotes mismos que alquilaban el atrio a los que ponían en él sus tiendas.

No lo toleró el Hijo de Dios, y aunque no sabemos que tomase como la primera vez un látigo pero con gran severidad «entrado en el templo, dice el evangelio, comenzó a arrojar a todos los que compraban y vendían en el templo, volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas. Y no dejaba a nadie pasar ninguna cosa por el templo».

Porque acostumbrados a mirar aquel sitio, como un sitio profano y de mercado, muchos, en vez de ir por la calle, sin duda por acortar camino, pasaban las cosas por el atrio de los gentiles. Naturalmente, la gente no se explicaba porqué hacía todo aquello; algunos acaso se acordaban de la otra vez, y de las razones que entonces le dijo. Otros se extrañaban. Pero el Maestro se lo explicaba, diciendo:

«¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes? Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

«Oyeron esto los príncipes de los sacerdotes y los escribas y buscaban un modo de acabar con él. Porque le temían a causa de que toda la gente estaba admirada de su doctrina, y no acertaban qué hacer con él. Porque todos los días estaba enseñando en el templo y todo el pueblo estaba suspenso oyéndole.

«Y cuando se hacía de noche salía de la ciudad».

Terrible y comprometida era la situación de los príncipes: por un lado querían deshacerse de Jesús, por otro veían que cada día estaba el pueblo más entusiasmado de él. ¡Qué bien se conocía que Jesús era dueño de la vida y de la muerte y de las voluntades de todos! y que aquellos fariseos y príncipes nada podrían hacer si Jesús no se lo permitía.

MARTES SANTO

222. EFICACIA DE LA FE

(Mc. 11, 20-26; Mt. 21, 20-22)

Pasó la noche del lunes. Madrugaron el martes, y de mañana subió Jesús con sus discípulos en dirección a Jerusalén, por el mismo camino por donde el día anterior habían andado. Y llegaron a la higuera y la encontraron seca desde la raíz. Ya se había secado, según dice el evangelista San Mateo, en cuanto el Salvador la maldijo. Pero no se conoció la maldición sino al día siguiente. Y aunque es fácil que la vuelta del día anterior fuese por aquel mismo sitio, pero como pasaron bien entrada la tarde, no pudieron ver la higuera, como la vieron esta mañana.

«Acordóse Pedro y dijo a Jesús:—Maestro, mira cómo se ha secado la higuera que maldijiste. Y viéndolo los discípulos se admiraron y dijeron:—¡Qué pronto se ha secado la higuera!»

Entonces Jesús, tomando la palabra, les repitió lo que ya en otra ocasión les había dicho acerca del poder de la fe:

«—Tened fe de Dios. En verdad os digo, si tenéis fe y no vaciláis, no solo hareis lo de la higuera, sino, si cualquiera dice a este monte (y al decir esto, acaso señalaría al Olivete, que estaba próximo): Quitate y échate al mar, se hará. Por eso os digo: todo lo que pidáis orando y creyendo recibiréis. Más cuando estéis en oración, perdonad si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestros pecados. Porque si perdonáis a los hombres sus pecados, os perdonará también a vosotros vuestros delitos vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, ni vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados».

223. COMIENZAN LAS DISPUTAS EN EL TEMPLO

(L. 20, 1-8; Mc. 11, 27-33; Mt. 21, 23-27)

Insigne había de ser este día para Jesucristo. Llegado a Jerusalén entró Jesús en el templo, que aquellos días era el sitio de reunión de los más de los forasteros y de los ciudadanos. Y mientras unos en el santuario se dedicaban a los actos de adoración, a las purificaciones necesarias, a los sacrificios por sus pecados o faltas legales, otros paseaban por los atrios del templo, y se ponían a escuchar a alguno de los grandes doctores que, venidos por aquellos días, tendían a la manera oriental su tapiz por el suelo y sentábanse a leer la ley o a discutirla con otros doctores, explicando al pueblo sus opiniones.

No presentaba hoy el templo el vergonzoso espectáculo que había presentado los días anteriores. No era el mercado de ayer; los cambistas habían colocado sus bancos en otras partes, los ganaderos habíanse quedado en el monte Olivete o en otros puestos de feria para vender los corderos

y novillos para los sacrificios, los que vendían palomas habían llevado sus jaulas a otros sitios.

En cambio en cuanto el Señor se presentó en los atrios y la gente se le fué reuniendo a escuchar su palabra y su evangelio, fueron apareciendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los ancianos. Y juntándose todos ellos, y después de haberse puesto de acuerdo y conferenciado unos con otros, estando Jesús enseñando y evangelizando al pueblo, se le acercaron y le dijeron:

«—Dinos, con qué autoridad haces estas cosas? o quién es el que te ha dado poder para hacer eso?»

Aludían evidentemente a lo que había hecho el día anterior arrojando del templo a los negociantes, y arrogándose poder para disponer de la Casa Santa, de que solo parece que podían disponer los sacerdotes y príncipes.

No quiso responder directamente Jesucristo, sino empezando a usar con ellos de aquella destreza de que siempre, pero singularmente en este día dió muestra, les respondió:

«—Yo también voy a preguntaros una cosa, y si me la decís, yo también os diré con qué poderes hago lo que hago. Respondedme: El bautismo de Juan ¿de dónde era? ¿del cielo o de los hombres?»

En gran aprieto les ponía esta pregunta inesperada del Maestro, que los convertía de repente, en vez de acusadores como venían, en reos del mismo a quien querían acusar. Y dice el Evangelio: «Pusiéronse a pensar entre sí, diciéndose: Si decimos que del cielo, nos dirá: Pues ¿por qué no le creísteis? Y si decimos que de los hombres, tememos al pueblo; toda la plebe nos va a apedrear; porque están persuadidos de que Juan era profeta».

En fin, después de haberlo pensado echaron por la calle de enmedio, diciendo:

«—No sabemos.

Jesús también se fué por la misma calle y les dijo:

«—Tampoco yo os digo con qué poderes hago lo que hago».

Tremendo fué el desaire y profundo el bochorno que semejante salida debió causarles. Mucho debió celebrar el pueblo la destreza de Jesucristo y el primer triunfo de aquel

día memorable. No dejó Jesús la ocasión de la mano, y prosiguió diciendo.

224. PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS

(Mt. 21, 28-32)

«Y qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y va al mayor y le dice: Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña. Y el hijo respondió diciendo: No me da la gana. Pero luego arrepentido se fué.

»Pero va el padre al otro y le dijo lo mismo. Y este respondió diciendo: Voy, señor. Pero no fué.

»¿Quién de los dos hizo la voluntad del padre?»

No cabía duda. Respondieron ellos como debían responder, sin saber a dónde iba la pregunta: «El primero».

Entonces Jesús tomó la mano y les dijo aplicándoles su respuesta:

»—En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden para el reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan enseñando el camino de la santidad y no le creísteis; al paso que los publicanos y meretrices le creyeron. Y vosotros, ni aun viendo esto, os arrepentisteis después para creerle».

Si antes habían quedado abochornados, con esta parábola debieron quedar del todo confundidos. Y ya que ellos no quisieron decir el origen del bautismo de Juan, se lo dijo él bien claro ahora.

Dejólos así el Señor sin palabra y volvióse a la plebe y les propuso una parábola.

225. PARÁBOLA DE LA VIÑA

(L. 20, 9-19; Mc. 12, 1-12; Mt. 21, 33-46)

«Oid otra parábola.

»Erase un señor que plantó una viña, y la cercó de un vallado, y cavó en ella un lagar, y le puso una torre, y la arrendó a unos labradores y se fué, y estuvo lejos mucho tiempo. Y cuando llegaron los días de la vendimia, envió a los labradores un criado para cobrar los frutos de la viña.